



ENTREVISTA

Los biógrafos del MIR. Dos periodistas jóvenes, Daniel Avendaño (en la foto) y Mauricio Palma, indagaron en la vida de Miguel Enríquez, el legendario fundador del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). El resultado es el libro *El rebelde de la burguesía* (Ediciones Cesoc, 230 pgs), escrito –según explica Daniel– “por y para gente joven que no vivió el período del golpe de Estado y que tiene una imagen mitificada, tipo Robin Hood, de Enríquez”.

–¿Cómo puede lograrse una biografía objetiva en un tema que involucra tanta pasión?

–En nuestros textos –no así en las citas– tratamos de evitar palabras que están cargadas. A los los miristas no los tratamos de terroristas y al gobierno militar no le llamamos dictadura, independientemente de lo que creamos nosotros. Pero igual despertamos suspicacias. Más de algún ex militante del MIR nos dijo que el título del libro era ofensivo. La palabra “burgués” puede haber sido un insulto en los años 70, pero para nosotros es sólo un dato de la realidad.

–Mientras investigaban, ¿qué los emocionó, qué les complicó?

–Es fuerte lidiar con el tema de la muerte. Nos vimos convirtiendo historias humanas en estadísticas, sin poder evitarlo. Al entrevistar a algunas madres de detenidos desaparecidos nos costó decir: “Señora, no vamos a dejar a su hijo tan bien como usted lo ve”. La investigación cambió nuestra visión de los hechos históricos: antes se dividía entre los buenos-buenos y los malos-malos. Ahora entendemos que el conflicto que desembocó en el golpe de Estado fue de responsabilidad compartida.

–¿Qué les quedó pendiente?

–Entrevistar a Humberto Sotomayor, que era casi el guardaespaldas de Enríquez. Él estuvo en el día del asesinato y escapó. Muchos lo acusan de traidor. Queríamos darle una tribuna para que contara su verdad, pero no quiso. Para nosotros su testimonio era crucial, pero nos parece legítimo que no quiera hablar.

–Después de tanto investigar, ¿qué descubrieron de parecido entre Miguel Enríquez y su hijo Marco, el cineasta?

–Ver al padre dando entrevistas es casi como ver al hijo. En ambos están presentes ese hablar acelerado, esa cierta prepotencia que no desagrada, ese hábito de intimidar al interlocutor y, por supuesto, ese mechón que siempre se cae. **S.B.**